

JOSE DE PAEZ Y SU VIDA DE SAN FRANCISCO SOLANO

POR

MANUEL ROMERO DE TERREROS

DON JOSÉ Bernardo Couto, en su *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*, al mencionar las obras de José de Páez, dice que “pintó en el claustro bajo de San Fernando la vida de San Francisco Solano (1764)”. No hace más alusión a los cuadros, por lo que es de suponerse, o que no los conoció, o que no fueron de su agrado. En realidad, como veremos en seguida, no carecieron por completo de mérito.

Cuando se derribó el magnífico monasterio de San Fernando para abrir las calles de Guerrero, los cuadros fueron desprendidos de sus marcos y bastidores, doblados los lienzos, como si fueran trapos inservibles, y arrumbados en algún rincón de lo que quedaba del antiguo Colegio de *Propaganda Fide*. Y así permanecieron ignorados durante muchos años, hasta que el padre fray Luis de Palacio, a quien tanto debe la historia de la orden franciscana en México, dió con ellos, allá por el año de 1920, en la escalera que conduce al coro de la iglesia, arrojados allí como basura. Fácil es imaginarse el mal trato que en aquel sitio habrán recibido las pinturas: el tránsito continuo de músicos e infantes de coro que los

pisoteaban sin compasión; la acumulación de polvo en gruesas capas sobre los lienzos, y seguramente, hasta el roer de ratas y ratones.

Dolido de tan triste estado de cosas, fray Luis de Palacio decidió cargar con los cuadros a su querido Zapopan, previo permiso, seguramente, del Padre Guardián de San Fernando. Se dice que se los llevó a lomo de paciente asno, pero esta versión nos parece demasiado *franciscana*, para que haya sido realidad en pleno siglo xx. De todas maneras, de los ocho lienzos que componían la serie original de la *Vida de San Francisco Solano*, rescató solamente seis y dejó los dos restantes porque los consideró completamente destruidos.

Al llegar por fin a Zapopan, fueron colocadas las telas, por lo pronto y dobladas como estaban, encima de unos armarios de la sacristía, y allí permanecieron algún tiempo, seguramente por ausencia del P. Palacio, o porque este santo varón estaba de seguro ocupado en más importantes menesteres; pero al fin y al cabo, fray Luis los hizo colocar en los corredores, clavados directamente sobre el muro, procedimiento que, como se comprenderá, los deterioró todavía más, sobre todo en los bordes, que sufrieron desgarraduras en muchos lugares.

“Los frailes no les dieron ninguna importancia (nos escribe don Leopoldo Orendáin, a quien debemos todas estas noticias); el plumero jamás pasó sobre ellas; y naturalmente el polvo las fastidió más, los pájaros las ensuciaron, y hasta las avispas hicieron sobre ellas panales.”

Todo esto hubiera acabado definitivamente con las pinturas, a no ser por la oportuna intervención del señor Orendáin, quien, con todo cariño emprendió la tarea de salvarlas de su completa ruina.

El señor Orendáin se limitó a limpiar cada cuadro superficial pero cuidadosamente, ponerle uno que otro parche al dorso, y hacerlo restirar sobre un bastidor nuevo, sin pretensión alguna de restauración, porque comprende que esta operación, de hacerse, ha de ser confiada a manos expertas.

Tan interesantes pinturas, por lo tanto, han podido salvarse de su ulterior ruina y se refieren, como es de suponerse, a diversos episodios de la vida de San Francisco Solano; pero como este santo no es de los “muy conocidos”, conviene recordar brevemente sus principales rasgos biográficos.

Nacido en Montilla, Córdoba, en 1549. A los veinte y un años de edad profesó en la Orden de San Francisco, y como sentía verdadera vocación de misionero, trató en seguida de marchar como tal a Marrue-

cos, pero circunstancias de diversa índole dirigieron sus pasos por otro camino y lo condujeron al Nuevo Mundo. Las primicias de su apostolado se desarrollaron en Panamá; después, se internó en Suramérica y, durante catorce años, estuvo evangelizando primero las provincias de Tucumán y del Plata y posteriormente, durante siete, las del Perú y Chile. Su obra en este sentido fué inmensa, tan grande como la de San Francisco Javier en las Indias Orientales. Sus numerosos milagros han sido recogidos por la tradición popular como una leyenda áurea. Con su abnegación sin límites y su acendrado amor a los naturales, logró conversiones de ellos en masa. Se cuenta, por ejemplo, que en cierta ocasión estaba celebrando el oficio divino en una iglesia de Tucumán, cuando invadió el sagrado recinto un crecido número de indios en tropel, con amenazas de muerte para los fieles allí reunidos; pero San Francisco Solano "les habló con tal valor y fuerza que, aterrados al oír su voz, se convirtieron a la fe más de nueve mil". Y no se contentaba con sus conquistas espirituales, sino que fundó, además, muchas poblaciones nuevas. A su muerte, acaecida en Lima en el año de 1610, el pueblo entero lo aclamó por santo, cubrió de flores su cadáver que fué llevado en hombros, entre otros caballeros, por el Virrey del Perú, Marqués de Montesclaros (que lo había sido de México), y por el Arzobispo de Lima, don Bartolomé Lobo Guerrero, que van detrás del féretro con sendas candelas en la mano izquierda; por cierto que el retrato del virrey se parece al existente en México, salvo la piocha y la golilla que están más reducidas. Las principales ciudades de Suramérica lo declararon su protector y especial patrono. Beatificado por Clemente X en 1675, fué canonizado por Benedicto XIII en 1726.

Se comprenderá que tal número de acontecimientos proporcionaban asunto no sólo para ocho cuadros, sino para muchos más; por eso fué que el pintor se vió obligado a introducir muchos episodios de la vida del santo, como accesorios del tema principal que en cada cuadro representaba.

Estas pinturas de José de Páez miden, como término medio, unos 2.80 m. de alto por 3.60 m. de largo, con figuras casi de tamaño natural. Representan, como temas principales, los siguientes asuntos: el nacimiento de San Francisco Solano; su toma de hábito; sus solícitos cuidados de los enfermos de un hospital; una misión entre indios; una escena dentro de una iglesia; y, por último, el entierro del santo.

La pintura de José de Páez era dulzona y hasta empalagosa, como la de muchos de sus contemporáneos, pero hay que convenir en que era la que agradaba entonces, por su suave colorido y la amable expresión de

